

RENOVACION PEDAGOGICA

A pesar del avance de los medios de comunicación audiovisuales, en detrimento de la escritura impresa, la cultura escrita es necesaria para la perfecta realización personal en todos los campos del saber y de la vida social, por lo que el compromiso educativo con el libro no sólo es ineludible, sino trascendental. En la promoción y refuerzo de la cultura impresa, una adecuada pedagogía de la lectura constituye una pieza clave.

La aventura del leer

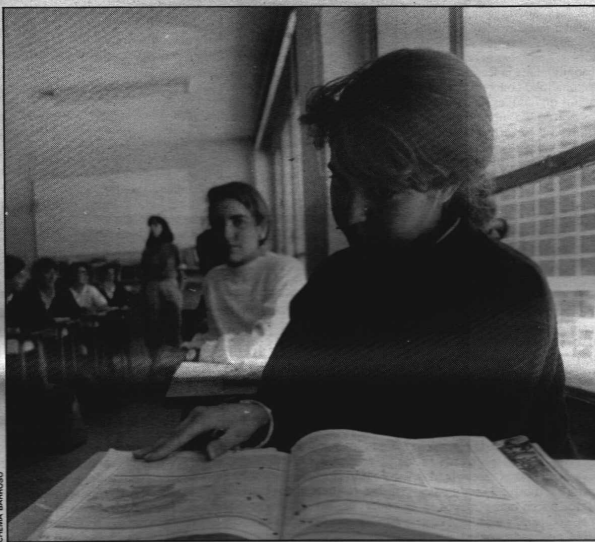
- Saber leer significa también desarrollar un pensamiento crítico y autónomo

Antonio Bernal Guerrero / Profesor del Departamento de Teoría e Historia de la Educación de la Universidad de Sevilla

Suele admitirse en ámbitos intelectuales la compatibilidad entre la electrocomunicación y la lectura, como canales culturales complementarios; a nivel de masas, en cambio, los medios audiovisuales de comunicación parecen avanzar sin freno, en detrimento de la escritura impresa. Si es verdad que la cultura escrita es necesaria para la perfecta realización de las personas, en el campo de los conocimientos, de los descubrimientos, de las creencias, del arte, de la lengua, de la vida social, de la conservación de la conciencia colectiva y de la formación de la personalidad humana, nuestro compromiso educativo con la cultura del libro no sólo es ineludible, sino trascendental. Sin duda, en la promoción y refuerzo de la cultura impresa, una adecuada pedagogía de la lectura es una pieza clave. Pero, tal vez ésta se inicie con la reconsideración del proceso mismo de la lectura, con lo que es la propia acción de leer, que, más allá de representar una fuente de goce y alegría en la persona lectora.

«Pasará la vista por el escrito o impreso, haciéndose cargo del valor y significación de los caracteres empleados, pronunciándose o no las palabras representadas por estos caracteres». Esta es la definición de la acción de leer que, tradicionalmente, ha venido dando la Real Academia Española de la Lengua. Una cierta imprecisión se observa en ella, puesto que no se señala cuál es el auténtico alcance del valor y la significación que los caracteres tienen y el lector desvela. Puede interpretarse la lectura como la creación de la forma sonora de la palabra sobre la base de su reproducción gráfica, o como la correlación de una imagen sonora con una imagen visual; en este sentido, se habla de grado hipologográfico de la lectura: consistente en la construcción de logogramas o sonidos articuladores partiendo de la visión de signos gráficos convencionales. Un papel relativamente pasivo se asignaría, con estas definiciones, al lector.

Un proceso complejo es el de la lectura. Se trata de un proceso que va más allá de la transformación de signos en sonidos, alcanzando la transformación de signos en ideas —grado hipologográfico—. Saber leer es ser capaz de transformar un mensaje escrito en un mensaje



► «La competencia lectora se desarrolla con el proceso educativo general y la enseñanza de la lectura no acaba en el nivel primario de educación»

sonoro, siguiendo ciertas leyes, es comprender el contenido del mensaje escrito y ser capaz de juzgar y apreciar el valor estético. En la lectura se emplea un conjunto completo de ideas y valores propios del sujeto que

lee. Una actividad dinámica en la que el lector se halla involucrado, viene a ser la lectura. Considerando esta implicación del lector, se han formulado nuevas definiciones de la lectura: modo de llegar a las ideas

mirando lo impreso; transferencia de la información desde la letra impresa al pensamiento del lector, pero también contribución activa desde el conjunto de conocimientos de lector. La acción de leer se nos ofrece, de es-

ta forma, como una acción de pensamiento estimulada por lo escrito; no es sólo el texto lo importante en la lectura, sino el lector, la persona que lee.

El reconocimiento de los símbolos escritos estimula el recuerdo de los significados ya construidos en nuestra pasada experiencia, a la vez que ayudan a la construcción de nuevos conceptos. Las ideas resultantes se organizan en la mente del lector, y producen un desarrollo personal, bien interno, bien manifiesto y públicamente observable. Esta interpretación eminentemente dinámica se aproxima más a la verdadera complejidad de lo que supone el proceso de la lectura. Saber leer no significa únicamente tener acceso a la información impresa, sino también desarrollar un pensamiento crítico y autónomo.

Percepción y comprensión

El proceso de la lectura abarca desde la palabra impresa a la reorganización mental y personal del lector, cubriendo elementos de percepción, comprensión y respuesta del sujeto que lee. La lectura, bien entendida, sobrepasa la mera percepción de palabras, alcanzando su nivel de comprensión cuando el lector entiende el significado de aquellas palabras; en este sentido, se dice que leer es entender lo que un determinado autor de una expresión escrita quiso manifestar con ella. En ocasiones, la lectura no va más allá de este nivel de comprensión, no afectándose prácticamente nada en ningún orden de nuestra vida; pero otras veces, lo que leemos nos impule a indagar en el conocimiento de algo, a reconsiderar opiniones y conocimientos anteriormente adquiridos, e incluso a modificar sustancialmente nuestra filosofía de la vida y nuestra forma de vivir. Por eso se ha dicho de mil modos que la lectura puede ser el medio esencial de desarrollo del pensamiento y de enriquecimiento de la personalidad. En la lectura no puede separarse la comprensión del juicio: leer no es nada, si no es saber distinguir sobre un papel impreso el mensaje de la verdad y reconocer las secretas e insidiosas combinaciones que pueden formarse a veces. Saber leer significa leer lo que ha impreso y lo que se sobreentiende;

Pasa a la página siguiente

Quevedo y los libros

Cuando el acto de leer se entiende como una actividad dinámica, como una operación fundamentalmente activa, es posible hablar de una dialogicidad en y por la lectura. Ideas, sentimientos, recuerdos... contenidos en la mente del autor leído entran en contacto con nosotros, a través de la acción de leer. Un llamado diálogo, un reservado coloquio, se establece entre el lector y el autor de la comunicación impresa. Gracias a la

escritura, a los libros, podemos conversar animadamente con Aristóteles, San Agustín, Tomás de Aquino, Kant, Hegel, Rousseau, Freud, Cajal o Einstein. Podría decirse que leer no es sino dialogar con tiempo, quedamiento, con alguien que quiso decirnos algo desde su concreta realidad personal; es un diálogo auténtico, aunque implícito, porque en la lectura de un texto el interlocutor está ausente. Poéticamente, ya lo dijo Quevedo

en los dos primeros cuartos de un soneto de la Torre de Juan Abad: «Retirado en la paz de estos desiertos, / con pocos pero doctos libros juntos, / vivo en conversación con los difuntos, / y escucho con mis ojos a los muertos. / Si no siempre entendidos, / siempre abierto, / o empujando o fecundando mis asuntos; / y en músicos llamados contrapuntos / al sueño de la vida hablan despiertos».

La aventura del leer

Viene de la página anterior

además, el lector extiende el mensaje del autor del escrito empleando su propio conocimiento, contrastándolo con su experiencia personal, única e irrepetible—esto explica que ante un mismo texto impreso puedan existir diversas «lecturas», dependiendo de quiénes sean los lectores.

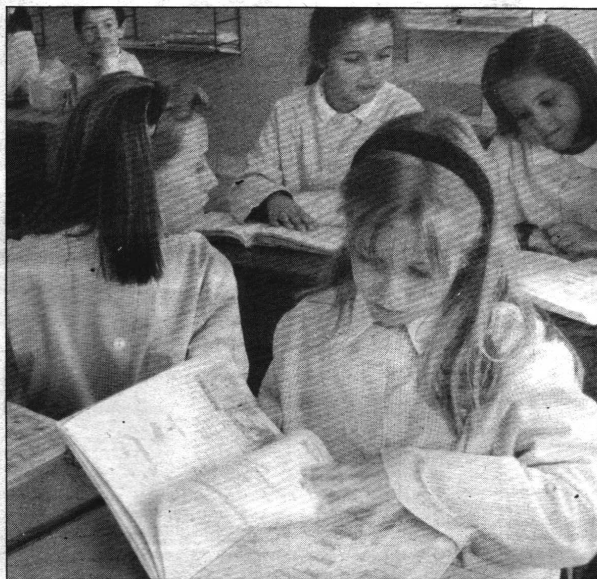
Al hablar del proceso de la lectura, es frecuente recurrir al estudio de la calidad del material de lectura y a su evaluación. El análisis de las condiciones tipográficas y lingüísticas adecuadas para un determinado nivel de enseñanza o para un público infantil o juvenil específico, se presenta como inevitable y, naturalmente, recomendable. Así, por ejemplo, la lecturabilidad del material escrito ha sido objeto de investigación didáctica, en tanto que denota ciertas condiciones que convierten un texto en legible: facilidad de comprensión y retención, capacidad para atraer la atención e interés para retenerla. Igualmente, el vocabulario, como elemento básico de la comunicación impresa, ha sido objeto de reconocidas investigaciones empíricas, tanto en su vertiente común como científica, que han generado la construcción de diccionarios basados en la competencia lingüística de los escolares. En la misma línea de relacionar la lectura con la calidad del material escrito, se han realizado muchos estudios sobre evaluación de dicho material y sobre otras características del material lector.

Pero si no se presta atención al lector, que es quien realiza la lectura, centrándonos únicamente en el texto impreso, estamos olvidando la verdadera dimensión y complejidad del proceso de la lectura. La calidad de una experiencia lectora no se halla vinculada exclusivamente a la calidad del material escrito, sino que también se encuentra influida, y no en pequeña medida, por la persona que se enfrenta al texto en cuestión. La competencia lectora se desarrolla con el proceso educativo general; es fruto de toda una formación. Si el libro lleva a la lectura, para llegar a aquél es indispensable cierto nivel de cultura. El procesamiento de la información impresa requiere no sólo los métodos de lectura básicos, sino métodos de lectura más especializados para determinados tipos de textos. Un estudiante de Enseñanza Secundaria puede leer con relativa facilidad ciertos textos narrativos, pero quizás en-

cuente mayor dificultad, por ejemplo, en la lectura de textos científicos o jurídicos. La enseñanza de la lectura no acaba en el nivel primario de educación. De algún modo, podríamos decir que todos mejoramos progresiva e ininterrumpidamente nuestro grado de competencia lectora.

No puede ignorarse que cada lector, en función de sus características personales, reaccionará singularmente a la lectura de un determinado texto. La personalidad de cada lector predispone, en cierto modo, a la realización más satisfactoria de determinadas lecturas. Pero hay aquí un evidente riesgo de simplificación, si se pretendiera adaptar absolutamente la lectura a cada personalidad concreta; en efecto, por un lado, es imprescindible el acceso a un considerable volumen de información cultural, que constituye el denominador común científico, técnico y artístico de nuestra civilización; y, de otra parte, los rasgos personales—particularmente en la adolescencia—no presentan un carácter fijo e inamovible, presentándose comportamientos y necesidades cambiantes—muchachos aparentemente muy activos y extrovertidos, tienen períodos de patente quietud y reflexión; y al revés, chicos supuestamente retraídos y reflexivos tienen períodos de manifiesto dinamismo.

Por otra parte, hay que tener presente que la lectura, como tal experiencia global, tiene lugar en un contexto cultural y social determinado. En cada lugar, en cada centro escolar, en cada familia existen unas determinadas actitudes, motivaciones y valores que hacen más o menos fácil la lectura. Un ambiente educativo adecuado constituye un continuo refuerzo para el aprendizaje en los distintos campos de la cultura y, por ende, para la formación de lectores. En este



► «Un ambiente educativo adecuado constituye un continuo refuerzo para el aprendizaje en los distintos campos de la cultura y, por ende, para la formación de lectores»

sentido, hay investigaciones que demuestran la influencia decisiva de un ambiente letrado ya desde los años preescolares.

Recreación es, ante todo, el coloquio lectivo. Por eso se ha dicho, con razón, que carece del poder de leer quien no sabe adoptar esa actitud de espera e interrogación con relación al otro, actitud de recreación de un pensamiento ajeno que supone saber escuchar y hacerse escuchar. En la lectura hay una re-

creación personal de lo leído. Si el acto de leer es verdadero, nos sentimos transportados, no sin sobrecogimiento, de la mano de Homero, a los imaginarios campos de batalla de la guerra de Troya, y vuelven a recobrar vida Priamo, Héctor o Aquiles; con Cervantes, asistimos a las venturas y tribulaciones de una comunidad universal, la de Don Quijote y Sancho, y nacen nuevamente, en nuestra imaginación, los sucesos en la venta cre-

da castillo por el ingenioso hidalgo o la aventura del valeroso Don Quijote con la carreta de las Cortes de la Muerte; con Cajal, viajamos entusiasmados al mundo que no podemos ver con nuestros ojos, y miramos al hombre, desde el microscopio, rodeados de tubos de ensayo, probetas, pipetas, sustancias químicas y olor a laboratorio; y el pensamiento humanista de Maritain adquiere su significación de nuevo, si de verdad entendemos lo leído. Saber leer es participar en la vida intelectual de la Humanidad toda.

Pero no sólo es recreada la materia leída, sino que también hay un proceso recreador, transformador, configurador, de orden espiritual, en el propio lector. En la medida que aquello que hemos leído nos perfecciona, nos enmienda, rectifica o desarrolla, nos encontramos más aptos, despiertos y diligentes, para continuar el rumbo de nuestra vida, sintiéndonos cada vez más conductores de nuestras trayectorias vitales, más responsables y, por tanto, más libres.

Una maravillosa travesía

Más allá del mero dominio del sistema gráfico que permite, a la vez, codificar a través de la escritura y descodificar mediante el desciframiento de la comunicación impresa, saber leer significa una búsqueda consciente y comprometida del diálogo. Esta actitud a un tiempo intelectual y sensible, aunque con diferente y moderado predominio de la curiosidad o la sensibilidad, según sea la condición de lo escrito o lo que se quiera con-

seguir con lo leído, hace posible el gusto por la lectura.

Leer es comprender y juzgar, pero además valorar en un nivel estético; en la enseñanza de la lectura se ha de procurar que el educando ame la lectura.

En la medida que en el ejercicio de leer la persona opera activa y perfectamente, en un plano intelectual, y es capaz de sensibilizarse ante la materia leída, o lo que es lo mismo, es capaz de mostrar

sensibilidad en la acción de leer, alcanza el gozo de la lectura. Y ésta se convierte así en origen o fuente de alegría en la persona.

La placencia espiritual en lo leído, en aquello que ha sido recreado, es vía segura hacia nuevas lecturas, hacia inéditos horizontes literarios siempre estimulantes y sugeridores. Quien inicia auténticamente la aventura de leer emprende una maravillosa travesía sin retorno.

**Editorial Escuela,
España**

MANUAL DE ORGANOS DE
GOBIERNO DE LOS
CENTROS DOCENTES

Zacarías Ramo
1.640 ptas.

NOVA

2.990

PTAS.

JOAQUÍN S. CANO
JUAN LÓPEZ
MANUEL ORTEGA



EDAD • NOVEDAD • NOVEDAD • NOVEDAD

LA NUEVA FORMACIÓN PROFESIONAL
RAMAS, MÓDULOS PROFESIONALES Y CICLOS FORMATIVOS

Mayor, 4-1.º. 28013 Madrid. Telf.: (91) 522 67 64. Fax: 531 48 86.